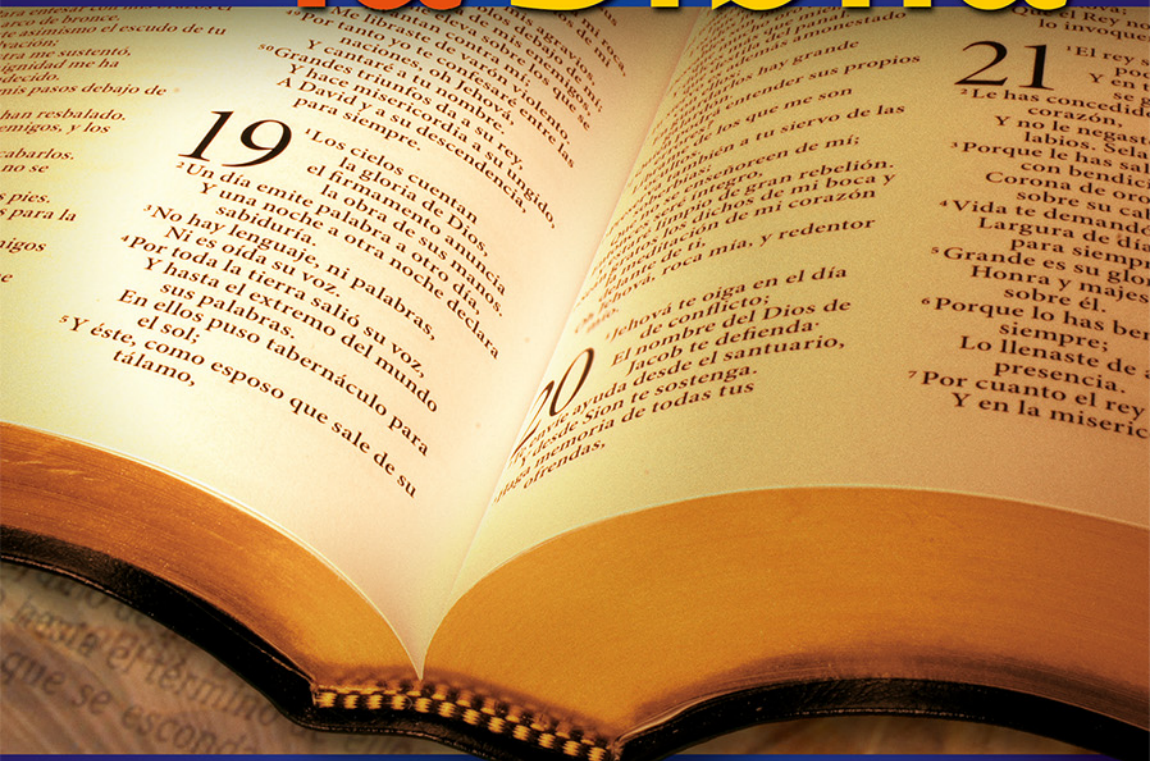
Cómo comprender la Biblia



John Stott

Cómo comprender la Biblia

John Stott

Ediciones Certeza Unida
Barcelona, Buenos Aires, La Paz
2005

Stott, John
Cómo comprender la biblia. – 2° ed. – Buenos Aires : Certeza Unida, 2005.
240 p. ; 23x16 cm.

ISBN 950-683-120-3

1. Estudio Bíblico. I. Título
CDD 268

Título en inglés: *Understanding the Bible*, publicada por Scripture Union, Londres, Inglaterra.
© 1972 John Stott
© 2004 Ediciones Certeza Unida, Buenos Aires, 2004. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723. No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.

Las citas bíblicas corresponden a la *Versión Reina-Valera* 1960. A veces se cita la *Biblia de Jerusalén* y la *Versión Popular: Dios Habla Hoy* 1994.

Tradujo al castellano: Adam F. Sosa
Edición literaria: Omar Cabral
Diseño: Miguel Collie

Ediciones Certeza Unida es la casa editorial de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos (CIEE) en los países de habla hispana. La CIEE es un movimiento compuesto por grupos estudiantiles que buscan cumplir y capacitar a otros para la misión en la universidad y el mundo. Más información en:

Certeza Argentina, Bernardo de Irigoyen 654, (C1072AAN) Capital Federal, Argentina. *certeza@certezaargentina.com.ar*

Editorial Lámpara, Calle Almirante Grau Nº 464, San Pedro, Casilla 8924, La Paz, Bolivia. *coorlamp@entelnet.bo*

Publicaciones Andamio, Alts Forns 68, Sótano 1, 08038, Barcelona, España. *andamio@andamio-gbu.net*

Contenido

	Prefacio	5
1	El propósito de la Biblia	9
2	La tierra de la Biblia	29
3	La historia de la Biblia: Antiguo Testamento	53
4	La historia de la Biblia: Nuevo Testamento	101
5	El mensaje de la Biblia	143
6	La autoridad de la Biblia	163
7	La interpretación de la Biblia	185
8	El uso de la Biblia	219

Prefacio

Todo autor le debe al público lector una explicación de su propósito. ¿Por qué ha creído conveniente aumentar el torrente de libros —especialmente libros religiosos— que se vuelca diariamente desde las imprentas de todo el mundo? ¿Puede justificar su osadía? Permítanme al menos decir francamente la clase de personas que yo he tenido en mente al escribir. Ellas se dividen en dos categorías.

En primer lugar, los cristianos novatos. Con la difusión del secularismo en nuestros días, se están agregando a Cristo y a su iglesia una cantidad de personas sin preparación religiosa alguna. Por ejemplo, un joven de familia no cristiana. La instrucción religiosa que recibió en la escuela fue mínima, y posiblemente descuidada (o estuvo totalmente ausente, como en los países en los que impera la enseñanza laica). En todo caso, la costumbre es no prestarle atención. Cuando era niño no fue a la escuela dominical, y pocas veces habrá estado en una iglesia, si es que alguna vez estuvo en alguna. Pero ahora ha hallado a Cristo, o más bien ha sido hallado por él. Se le dice que si quiere crecer hacia la madurez espiritual tiene que leer la Biblia todos los días. Pero la Biblia es para él un libro cerrado: un territorio inexplorado. ¿Quién la escribió —pregunta—, cuándo y dónde y por qué? ¿Cuál es su mensaje? ¿Qué derecho tiene a pretender ser un libro 'santo' o especial, el libro de Dios? ¿Y cómo se lo debe leer e interpretar? Estas son preguntas lógicas y se les debe dar alguna respuesta antes de que el cristiano novato pueda obtener el máximo beneficio de su lectura de la Biblia.

En segundo lugar, está el cristiano que tiene varios años de experiencia. En general, ha sido un cuidadoso lector de la Biblia. Ha leído fielmente su porción diaria. Pero de alguna manera ello se ha convertido en un mero hábito. Han pasado los años y él ha cambiado y madurado como persona. Pero como cristiano no se ha desarrollado de la misma manera. Una señal (y causa) de esto es que todavía lee la Biblia como cuando era niño, o como un nuevo convertido.

Ahora está cansado de su superficialidad, su inmadurez, y un poco avergonzado. Ansía ser un cristiano adulto, integrado, que conoce y agrada a Dios, que se realiza a sí mismo en el servicio de otros y que puede recomendar el evangelio en términos significativos a una generación perdida y confusa.

Mi deseo es asegurarle a ese hermano que los secretos de la madurez cristiana están en las Escrituras al alcance de todo el que quiera descubrirlos. La Palabra de Dios tiene una amplitud que pocos de nosotros logramos abarcar, una profundidad que rara vez sondeamos.

En particular, nuestro cristianismo es pobre porque nuestro Cristo es pobre. Nos empobrecemos nosotros mismos por nuestros conceptos bajos y mezquinos de él. Algunos hablan de él en nuestros días como si fuera una suerte de jeringa que podemos llevar en el bolsillo, de modo que cuando nos sentimos deprimidos podemos darnos una inyección y realizar un viaje fantástico. Pero Cristo no puede ser usado o manipulado de esa manera. La iglesia contemporánea parece tener una pobre concepción de Cristo como Señor de la creación y Señor de la iglesia, ante quien debemos inclinarnos con el rostro en el polvo. No alcanzamos a percibir su victoria, tal como la presenta el Nuevo Testamento, con todas las cosas debajo de sus pies, de modo que si estamos unidos a él todas las cosas están también debajo de nuestros pies.

Me parece que nuestra gran necesidad hoy en día es una visión más grande de Jesucristo. Necesitamos verlo como el único en quien habita la plenitud de Dios y en quien podemos hallar la plenitud de la vida (Colosenses 1.19; 2.9–10).

Hay una sola manera de obtener conceptos claros, verdaderos, elevados de Cristo, y es mediante la Biblia. Ella es el prisma que descompone la luz de Jesucristo en sus muchos y hermosos colores. Es el retrato de Jesucristo. Necesitamos contemplarlo con un deseo tan intenso que (por la operación graciosa del Espíritu Santo) él se torne vital para nosotros, se encuentre con nosotros, y nos llene de sí mismo.

A fin de aprehender a Cristo en su plenitud, es esencial entender la situación en que Dios nos lo ofrece. Dios otorgó a Cristo al mundo en un específico contexto geográfico, histórico y teológico. Lo envió a un lugar determinado (Palestina), en un momento particular (el

clímax de siglos de historia judía) y dentro de un determinado marco de verdad (progresivamente revelada y permanentemente registrada en la Biblia). Los siguientes capítulos, pues, tienen que ver con la geografía, la historia, la teología, la autoridad y la interpretación de la Biblia. Su objeto es presentar el ámbito dentro del cual Dios se reveló una vez y ahora ofrece a Cristo, de modo que podamos captar mejor para nosotros mismos y compartir con otros la gloriosa plenitud de Jesucristo mismo.

1

El propósito de la Biblia

La elección de un libro y la forma en que lo leemos están determinadas en gran parte por el propósito que tuvo el autor al escribirlo. ¿Es un texto de ciencia o de historia destinado a informar, o simplemente una novela para entretener? ¿Es prosa o poesía en las cuales el autor reflexiona sobre la vida y estimula al lector a hacer lo mismo? ¿Habla en alguna forma significativa al mundo contemporáneo? ¿O es tal vez una obra de controversia que deliberadamente leemos con el propósito de rebatir los puntos de vista del autor? Además, ¿reúne el autor las condiciones necesarias para escribir sobre el tema? Preguntas como estas son las que tenemos en mente cuando nos planteamos: '¿Vale la pena leer esto?'

La mayor parte de los libros brindan al lector la información que este quiere tener acerca de quién lo escribió y por qué. O bien el autor nos habla cándidamente en un prefacio acerca de sí mismo y del objeto que tuvo en vista al escribir, o lo hace el editor en la solapa de la cubierta. La mayoría de los lectores se toman su tiempo para examinar esos datos antes de decidirse a comprar el libro, tomarlo prestado o leerlo.

¿Por qué se escribió la Biblia?

Es una lástima que los lectores de la Biblia no siempre realicen las mismas investigaciones. Muchos parecen abrirla y leerla al azar. O comienzan con el Génesis y se quedan atascados en Levítico. O continúan empeñosamente por un sentido de obligación, aun leyendo la Biblia entera, sección por sección, en cinco años, pero sin aprovechar mucho de su estudio por falta de comprensión del propósito total del libro. O bien abandonan la lectura, o nunca la empiezan, porque no pueden ver cómo el relato de un pueblo lejano en una época remota pueda significarles algo en el día de hoy.

En todo caso, ¿cómo se puede decir que la Biblia, que en realidad no es un libro sino una biblioteca de sesenta y seis libros, tenga un

'propósito' determinado? ¿No fue agrupada por diferentes autores, en diferentes épocas, con diferentes propósitos? Sí y no. Contiene, en realidad, una gran variedad de temas y autores humanos. Pero detrás de estos, según creemos los cristianos, hay un único Autor, divino, con un solo tema unificador.

La misma Biblia declara cuál es este tema. Lo dice varias veces, en diversos lugares, pero tal vez en ninguna parte más concisamente que cuando el apóstol Pablo escribe a Timoteo:

> Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.
>
> 2 Timoteo 3.15–17

Aquí el apóstol une el origen y el propósito de la Escritura: de dónde viene y a qué está destinada. Su origen: 'inspirada por Dios'. Su objetivo: 'útil' para los hombres. En realidad, es útil para los hombres sólo porque es inspirada por Dios. Debo dejar el tema de la inspiración de la Biblia para un capítulo posterior; en este capítulo quiero investigar la naturaleza de su utilidad. Para ello tomaré tres palabras que emplea Pablo: 'salvación', 'Cristo' y 'fe'.

Un libro de salvación

Tal vez ninguna palabra bíblica ha sido tan mal interpretada y utilizada como la palabra 'salvación'. Algunos cristianos somos culpables de haber presentado al mundo una caricatura de ella. El resultado es que la 'salvación' es para muchos una fuente de confusión, y aun objeto de ridículo. Necesitamos rescatarla del estrecho concepto al que a veces la hemos reducido. Porque 'salvación' es una palabra grande y noble, como pronto lo demostraré. Salvación es libertad. Sí, y también renovación; finalmente la renovación de todo el cosmos.

Ahora bien, el propósito supremo de la Biblia, le dice Pablo a Timoteo, es instruir a sus lectores 'para la salvación'. Esto indica inmediatamente que la Escritura tiene un propósito práctico, y que ese propósito es moral más que intelectual. O más bien que su instrucción intelectual (su 'sabiduría', como sugiere el término griego),

se imparte con el objetivo de comprender la experiencia moral llamada 'salvación'.

A fin de captar más firmemente esta finalidad positiva de la Escritura, puede ser útil compararla con algunas otras que son negativas.

Primero, el propósito de la Biblia no es científico. Esto no significa que las enseñanzas de la Escritura y la ciencia sean incompatibles entre sí, pues cuando mantenemos a cada cual en su propia esfera demuestran que no lo son. Realmente, siendo el autor de ambas el Dios de verdad, no puede haber conflicto. Ni significa tampoco que las dos esferas nunca se superponen y que en la Biblia nada participa de la naturaleza de la ciencia, porque ella contiene declaraciones que se pueden (y en muchos casos así ocurrió) verificar científicamente. Por ejemplo, se registran una cantidad de hechos históricos, tales como el de que Nabucodonosor, rey de Babilonia, sitió, tomó y virtualmente destruyó a Jerusalén, y el de que Jesús de Nazaret nació cuando Augusto era emperador de Roma. Lo que quiero decir es que, aunque la Biblia pueda contener ciertos hechos científicos, su *propósito* no es científico.

La ciencia (o al menos las ciencias naturales) está compuesta por un cuerpo de conocimientos adquiridos laboriosamente mediante la observación, la experimentación y la inducción. Pero el propósito de Dios en la Escritura ha sido revelar verdades que no se podían descubrir mediante este método empírico y que hubieran permanecido desconocidas y encubiertas si él no las hubiera revelado. Por ejemplo, la ciencia puede decirnos algo acerca de los orígenes físicos del hombre (aunque esta sea una cuestión discutible); pero sólo la Biblia revela la naturaleza del hombre, tanto su nobleza única como criatura hecha a imagen de su Creador, como su degradación como pecador que se ha rebelado contra él.

El propósito de Dios en la Biblia ha sido revelar verdades que no se podían descubrir mediante la observación, la experimentación y la inducción.

Luego, el propósito de la Biblia no es literario. Pero nadie puede negar que contiene literatura de la más noble. Trata los grandes temas de la vida y el destino humanos, y los maneja con sencillez, visión e imaginación. Tan buenas son las traducciones en algunos

países, que la Biblia ha llegado a ser parte de la herencia literaria de la nación. No obstante, la intención divina no consistió en que la Biblia fuera una gran obra literaria, ya que esta contiene algunas notorias fallas estilísticas. Una gran parte del Nuevo Testamento fue escrito en *koiné*, el griego que se hablaba diariamente en el mercado y en el hogar, y gran parte de él carece de pulido literario y hasta adolece de fallas gramaticales. El propósito de la Biblia ha de encontrarse en su mensaje, no en su estilo.

En tercer lugar, el propósito de la Biblia no es filosófico. Desde luego, la Escritura contiene profunda sabiduría, sabiduría de Dios. Sin embargo, algunos de los grandes asuntos que los filósofos siempre han discutido no están tratados en la Escritura de manera sistemática. Tómese los grandes problemas del sufrimiento y del mal. Como fenómenos de la experiencia humana tienen lugar prominente en la Biblia. Casi en cada una de sus páginas los hombres pecan y sufren. Y aun cuando la cruz, por ejemplo, arroja alguna luz sobre ambos problemas, no se ofrece ninguna solución definitiva para ninguno de ellos, ni se justifica el tratamiento de los mismos por Dios. Incluso en el libro de Job, que se concentra en el problema del sufrimiento, Job finalmente se humilla delante de Dios sin entender su providencia. Creo que la razón es simplemente que la Biblia es más un libro práctico que teórico. Le interesa más decirnos cómo soportar el sufrimiento y vencer el mal, que filosofar acerca del origen y propósito de los mismos.

Así, pues, la Biblia no es principalmente un libro de ciencia, ni de literatura, ni de filosofía, sino de salvación.

El significado de la salvación

Al decir esto debemos dar a la palabra 'salvación' su significado más amplio posible. La salvación es mucho más que el perdón de los pecados. Incluye todo el alcance del propósito de Dios de redimir y restaurar a la humanidad, y, por supuesto, a toda la creación. Lo que afirmamos en cuanto a la Biblia, es que revela el plan total de Dios.

Comienza con la creación, de manera que podamos conocer la semejanza divina en la que fuimos hechos, las obligaciones que hemos repudiado y las alturas de las que hemos caído. No podremos entender ni lo que somos en el pecado, ni lo que podremos ser por la gracia, mientras no sepamos lo que una vez fuimos por la creación.

La Biblia continúa diciéndonos de qué manera entró el pecado en el mundo, y la muerte como resultado del pecado. Acentúa la gravedad del pecado como una rebelión contra la autoridad de Dios nuestro Creador y Señor, y la justicia de su juicio sobre él. Hay en la Biblia muchas saludables advertencias sobre los peligros de la desobediencia.

Pero el principal mensaje de la Biblia, como lo desarrollaremos en el capítulo 5, es que Dios ama a los mismos rebeldes que no merecen de su mano otra cosa que juicio. Antes del comienzo de los tiempos, dice la Escritura, tomó forma su plan de salvación, originado en su gracia y su libre e inmerecida misericordia. Dios hizo un pacto de gracia con Abraham, prometiendo bendecir por medio de su descendencia a todas las familias de la tierra. El resto del Antiguo Testamento relata la misericordiosa relación de Dios con la descendencia de Abraham, el pueblo de Israel. A pesar de haberse obstinado en rechazar su palabra, como les fuera comunicada por la ley y los profetas, Dios nunca los desechó. *Ellos* quebrantaron el pacto, pero él no.

La encarnación de Jesucristo fue el cumplimiento de su pacto:

> Bendito el Señor Dios de Israel,
> que ha visitado y redimido a su pueblo,
> y nos levantó un poderoso Salvador
> en la casa de David su siervo,
> como habló por boca de sus santos profetas que fueron
> desde el principio;
> salvación de nuestros enemigos,
> y de la mano de todos los que nos aborrecieron;
> para hacer misericordia con nuestros padres,
> y acordarse de su santo pacto;
> del juramento que hizo a Abraham nuestro padre,
> que nos había de conceder
> que, librados de nuestros enemigos,
> sin temor le serviríamos
> en santidad y en justicia delante de él, todos nuestros días.
>
> Lucas 1.68–75

Es importante observar que la prometida 'salvación' de 'nuestros enemigos' se entiende en términos de 'santidad y justicia' y —más

adelante, en el Benedictus— del 'perdón de sus pecados por la entrañable misericordia de nuestro Dios' (Lucas 1.77–78).

El Nuevo Testamento, pues, se concentra en la operación de esta salvación, en el 'perdón' y la 'santidad' por medio de la muerte y resurrección de Jesucristo y el don del Espíritu Santo. Los apóstoles ponen énfasis en el hecho de que el perdón sólo es posible mediante la muerte de Cristo por nuestros pecados y el nuevo nacimiento que lleva a una nueva vida mediante el Espíritu de Cristo. Luego, las epístolas están llenas de instrucción ética práctica. Como traduce la Versión Popular 2 Timoteo 3.16, la Escritura aprovecha no sólo para 'enseñar y reprender', sino 'para corregir y educar en una vida de rectitud'. También presenta a la iglesia de Cristo como la comunión de los salvados, llamados a una vida de servicio sacrificado y testimonio en el mundo.

Por último, los autores del Nuevo Testamento insisten en que aunque el pueblo de Dios en un sentido ya ha sido salvado, en otro sentido su salvación aún se encuentra en el futuro. Se nos da la promesa de que un día nuestros cuerpos serán redimidos. 'En esperanza fuimos salvos' (Romanos 8. 24). Y en esta redención final participará de alguna manera la creación entera. Si hemos de ser revestidos de cuerpos nuevos, también habrá un cielo nuevo y una tierra nueva ocupados solamente por la justicia. Entonces, y sólo entonces, sin pecado en nuestra naturaleza o en nuestra sociedad, se completará la salvación de Dios. La gloriosa libertad de los hijos de Dios será la libertad para servir. Dios lo será 'todo en todos' (Romanos 8.21; 1 Corintios 15.28).

Tal es la salvación en el sentido amplio que las Escrituras presentan. Concebida en una eternidad pasada, lograda en un punto en el tiempo e históricamente realizada en la experiencia humana, alcanzará su consumación en la eternidad del futuro. La Biblia es única en su capacidad para instruirnos para 'una salvación tan grande' (Hebreos 2.3).

Cristo en la ley

La salvación para la cual la Biblia nos enseña está a nuestro alcance 'mediante la fe en Jesús'. Por lo tanto, puesto que la Escritura tiene que ver con la salvación y la salvación mediante Cristo, la Escritura está llena de Cristo.

El mismo Jesús entendía así la naturaleza y función de la Biblia. 'Las Escrituras', dijo, 'dan testimonio de mí' (Juan 5.39). Y otra vez, después de la resurrección, caminando con dos discípulos de Jerusalén a Emaús, les reprochó su incredulidad, debido a su ignorancia de las Escrituras. Lucas, que relata el caso, agrega:

> Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían. Lucas 24.27

Poco más tarde el Señor resucitado dijo a un grupo mayor de sus discípulos:

> Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Lucas 24.44

Cristo declaraba, pues, no sólo que las Escrituras daban testimonio de él en general, sino que en cada una de las tres divisiones del Antiguo Testamento —la ley, los profetas y los salmos (o 'escritos')— había elementos referentes a él, y que todas esas cosas debían cumplirse.

La relación fundamental entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, según Cristo, es entre la promesa y el cumplimiento. La palabra '*cumplido*', primera que Jesús pronunció en su ministerio público (en el texto griego del Evangelio de Marcos) así lo indica:

> El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.
> Marcos 1.15

Jesucristo estaba completamente convencido de que los largos siglos de expectación habían terminado, y que él mismo había ingresado a los días de su cumplimiento. Así que pudo decir a sus apóstoles:

> Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron. Mateo 13.16–17

A la luz de esta afirmación, examinaremos primero el Antiguo Testamento, y trataremos de ver cómo nuestro Salvador, Jesucristo mismo (en términos de promesa y cumplimiento), es el tema unificador de la Escritura.

Por 'ley' se entiende el Pentateuco, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento. ¿Podemos realmente hallar a Cristo en ellos? Sin duda alguna.

Para comenzar, contienen algunas profecías fundamentales de la salvación de Dios por medio de Cristo y que se reflejan en el resto de la Biblia. Dios prometió en primer lugar que la simiente de Eva aplastaría la cabeza de la serpiente; luego, que por medio de la descendencia de Abraham bendeciría a todas las familias de la tierra y que 'No será quitado el cetro de Judá … hasta que venga aquel a quien le pertenece; y a él se congregarán los pueblos' (Génesis 3.15; 12.3; 49.10). Así se revela —ya en el primer libro de la Biblia— que el Mesías sería humano (descendiente de Eva) y judío (descendiente de Abraham y de la tribu de Judá) y que aplastaría a Satanás, bendeciría al mundo y reinaría para siempre.

Otra importante profecía de Cristo en la ley lo representa como el Profeta perfecto. Moisés dijo al pueblo:

> Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo,
> te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis … y él les hablará
> todo lo que yo le mandare. Deuteronomio 18.15, 18b

No sólo por medio de profecías directas señala la ley a Cristo, sino también por figuras más indirectas. En ella el Mesías fue representado así como predicho. En realidad, los tratados de Dios con Israel al escogerlo, al redimirlo, al establecer su pacto con él, al expiar sus pecados mediante el sacrificio, y al darle como herencia la tierra de Canaán, todo ello presentaba en términos limitados y nacionales lo que un día estaría al alcance de todos los hombres por medio de Cristo. Los cristianos pueden decir hoy: Dios nos escogió en Cristo y nos hizo un pueblo suyo. Cristo derramó su sangre para expiar nuestros pecados y ratificar el nuevo pacto. Nos ha redimido no de la esclavitud de Egipto, sino de la esclavitud del pecado. Él es nuestro gran sumo sacerdote que se ofreció a sí mismo en la cruz, como único sacrificio por los pecados para siempre, y todo sacerdocio y sacrificio se cumplen en él. Además, con su resurrección hemos

nacido de nuevo a una esperanza viva, 'para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible' reservada en el cielo para nosotros (1 Pedro 1.4). Cada una de estas grandes palabras cristianas que describen distintos aspectos de nuestra salvación en Cristo —elección, expiación, pacto, redención, sacrificio, herencia—, aparecen en el Antiguo Testamento para referirse a la gracia de Dios para con Israel.

Hay todavía una tercera manera en que la ley da testimonio de Cristo. El apóstol Pablo presenta así en su carta a los Gálatas:

> Pero antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.
>
> Gálatas 3.23–24

Las palabras griegas que usa Pablo describen vívidamente la situación del individuo encerrado ('confinado') en una prisión militar, 'encerrados' bajo llave, y con un tutor encargado de la disciplina de los menores (nuestro 'ayo'), precisamente porque la ley moral condenaba al que la quebrantaba sin ofrecerle remedio alguno. De esta manera apuntaba a Cristo. Su misma condenación hacía necesario a Cristo. La ley nos mantuvo en esclavitud 'hasta que vino Cristo', el único que pudo darnos libertad. Estamos condenados por la ley, pero justificados por medio de la fe en Cristo.

Cristo en los profetas

Cuando nos volvemos de la ley a los profetas, debemos recordar que la división del Antiguo Testamento conocida como 'los profetas' incluía los libros históricos (Josué, Jueces, Samuel y Reyes) como los 'profetas anteriores' debido a que se estimaba que los autores habían escrito historia profética o sagrada, así como los 'profetas posteriores' que nosotros llamamos mayores y menores.

Muchos lectores de la Biblia encuentran sumamente tediosa la lectura de la historia de Israel y no pueden imaginar cómo esos monótonos reyes pueden tener algo que ver con Cristo. Sin embargo, cuando recordamos que las primeras palabras de Cristo acerca del 'cumplimiento del tiempo' conducen inmediatamente a que 'el reino de Dios se ha acercado', encontramos en la palabra 'reino', la clave que

necesitamos. Israel comenzó como una teocracia, una nación regida directamente por Dios. Aun cuando el pueblo rechazó el reinado de Dios exigiendo un rey como las naciones vecinas y Dios les concedió su pedido, sabían que en último término él continuaba siendo su Rey, porque ellos continuaban siendo su pueblo, y sus reyes reinaban como si fuesen sus virreyes.

No obstante, el reinado de los reyes tanto del reino del norte (Israel) como del reino del sur (Judá) dejó mucho que desear. La monarquía estaba viciada, externamente por guerras extranjeras, e internamente por la injusticia y la opresión. Ambos reinos se caracterizaban también por la inestabilidad de todas las instituciones humanas, según los reyes accedían al trono, prosperaban y morían. Y a veces quedaban reducidos a minúsculos territorios, como cuando los ejércitos extranjeros los invadían; por último, ambas capitales cayeron en poder de los enemigos y tanto Israel como Judá sufrieron un humillante exilio. No es extraño que Dios se valiera de esa experiencia de lo insatisfactorio del gobierno humano para demostrarles la perfección del futuro reino mesiánico y estimularlos a esperarlo.

Dios había hecho un pacto con David para edificarle una casa y por medio de su descendencia establecer su trono para siempre (2 Samuel 7.8–17). Ahora los profetas comienzan a describir la clase de rey que sería ese 'hijo de David'. Mostraron claramente que él encarnaría los ideales del reino que los reyes de Israel y Judá, y aun el mismo David, habían prefigurado tan imperfectamente. En su reino la opresión daría lugar a la justicia, y la guerra a la paz. Y su extensión o su duración no tendrían límites, porque su dominio se extendería de mar a mar, hasta los fines de la tierra, y duraría eternamente. Estas cuatro características del reino del Mesías —paz, justicia, universalidad y eternidad— aparecen juntas en una de las más famosas profecías de Isaías:

> Porque un niño nos es nacido,
> hijo nos es dado,
> y el principado sobre su hombro;
> y se llamará su nombre
> Admirable, Consejero, Dios Fuerte,
> Padre Eterno, Príncipe de Paz.

Lo dilatado de su imperio y la paz
no tendrán límite,
sobre el trono de David
y sobre su reino,
disponiéndolo y confirmándolo
en juicio y en justicia
desde ahora y para siempre.
El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

Isaías 9.6–7

Si bien es verdad que los profetas predijeron la gloria del Mesías, también lo es que anunciaron sus sufrimientos. La más conocida de tales profecías, obviamente definitiva para la interpretación de su ministerio por nuestro propio Señor, es la del Siervo sufriente, de Isaías 53. Sería 'despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto'. Sobre todo, llevaría los pecados de su pueblo:

Él herido fue por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados;
el castigo de nuestra paz fue sobre él,
y por su llaga fuimos nosotros curados.
Todos nosotros nos descarriamos como ovejas,
cada cual se apartó por su camino;
mas Jehová cargó en él
el pecado de todos nosotros. Isaías 53.5–6

Cristo en los 'escritos'

La tercera división del Antiguo Testamento se conocía como los 'escritos', en ocasiones llamados 'los salmos' debido a que el Salterio constituía el libro principal de esta sección. En el Nuevo Testamento se aplican a Jesucristo varios salmos, los cuales incluyen referencias a su deidad, humanidad, sufrimientos y exaltación. Las palabras: 'Mi hijo eres tú; Yo te engendré hoy' (Salmo 2.7), por ejemplo, fueron empleadas (al menos en parte) por Dios el Padre al dirigirse directamente a su Hijo en su bautismo y en su transfiguración. Las alusiones del Salmo 8 al hombre como 'hecho poco menor a los ángeles' y 'coronado de gloria y honor', son aplicadas a Cristo por el autor de la

Epístola a los Hebreos. El mismo Jesús citó en la cruz el Salmo 22.1: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?', dando a entender que había experimentado personalmente el terrible abandono de Dios tal como lo expresara el salmista. Citó también el dicho de David en el Salmo 110.1 "Jehová dijo a mi Señor: 'Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies'", y preguntó a sus críticos cómo, en su opinión, el Mesías podía ser a la vez Señor e hijo de David.

Los escritos contienen además lo que a menudo se llama la literatura de sabiduría del Antiguo Testamento. Los 'sabios' parecen haber constituido un grupo distinto en Israel durante el último período de la monarquía, junto con los profetas y los sacerdotes. Ellos sabían que el principio de la sabiduría consistía en temer a Dios y apartarse del mal. A menudo exaltaban la sabiduría en términos brillantes, como más preciosa que el oro, la plata y las piedras preciosas, y ocasionalmente parecen haberla personificado como el agente de Dios en la creación:

> Cuando formaba los cielos, allí estaba yo;
> Cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo;
> Cuando afirmaba los cielos arriba,
> Cuando afirmaba las fuentes del abismo;
> Cuando ponía al mar su estatuto,
> Para que las aguas no traspasasen su mandamiento;
> Cuando establecía los fundamentos de la tierra,
> Con él estaba yo ordenándolo todo,
> Y era su delicia de día en día,
> Teniendo solaz delante de él en todo tiempo.
> Me regocijo en la parte habitable de su tierra;
> Y mis delicias son con los hijos de los hombres.
>
> Proverbios 8.27–31

Los cristianos no tienen dificultad en reconocer que esta sabiduría de Dios se ha incorporado de un modo totalmente original en Jesucristo, la 'Palabra' personal que estaba en el principio con Dios y por quien fueron hechas todas las cosas (ver Juan 1.1–3; Colosenses 2.3).

Como se ve, la expectación de Cristo en el Antiguo Testamento —en la ley, los profetas y los escritos— fue extremadamente variada.

Jesús mismo la resumió en la comprensiva expresión: 'que el Cristo padeciera estas cosas … y entrara en su gloria' (Lucas 24.26). El apóstol Pedro recogió la frase, concediendo que los profetas no entendieron del todo 'qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos' (1 Pedro 1.11). Pero allí estaba esa doble línea de profecía, representándolo como el sacerdote que habría de sufrir ofreciéndose él mismo como sacrificio por el pecado, y como el Rey cuyo glorioso reinado no tendría fin.

De hecho, otra de las maneras como se resume el testimonio de Cristo en el Antiguo Testamento es presentándolo como un profeta mayor que Moisés, un sacerdote mayor que Aarón y un rey mayor que David: Jesús revelaría perfectamente a Dios al hombre, reconciliaría al hombre con Dios y gobernaría a la humanidad en nombre de Dios. En él hallarían su cumplimiento final los ideales del Antiguo Testamento sobre la profecía, el sacerdocio y el reino.

Cristo en el Nuevo Testamento

Si la idea de descubrir a Cristo en el Antiguo Testamento parece extraña a primera vista, no existe tal dificultad en el Nuevo. Los Evangelios relatan desde distintos puntos de vista, como lo veremos con más detalle en el capítulo 4, la historia del nacimiento, la vida, la muerte y la resurrección de Jesús, y proporcionan testimonios de sus palabras y sus obras.

Estas 'Memorias de los apóstoles', como se las llamaba en la iglesia primitiva, se conocieron más tarde correctamente como 'Evangelios', ya que cada evangelista relata su historia como 'evangelio' o buenas nuevas de Cristo y su salvación. No lo presentan como podría hacerlo un biógrafo, pues son esencialmente testigos que llaman la atención de sus lectores hacia alguien que identificaban como el Dios hombre, nacido para salvar a su pueblo de sus pecados, cuyas palabras eran palabras de vida eterna, y sus obras dramatizaban la gloria de su reino, el cual murió en rescate por los pecadores y resucitó triunfalmente para ser Señor de todos.

Podría suponerse que los Hechos de los Apóstoles, que relatan la historia de los primeros días del cristianismo, trataron más de la iglesia que de Cristo. Pero esa sería una manera errónea de presentar su naturaleza. Lucas, su autor, cree otra cosa. Al presentar su obra

a Teófilo, (para quien está escribiendo) dice que su primer libro (el Evangelio de Lucas) contiene 'todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y enseñar', lo que implica que los Hechos contienen todo lo que Jesús *continuó* haciendo y enseñando por medio de sus apóstoles. Así que en los Hechos escuchamos a Cristo, quien sigue hablando, aunque ahora por medio de los grandes sermones de los apóstoles Pedro y Pablo que Lucas registra. Vemos también los milagros que Jesús hizo por medio de ellos, ya que 'muchas maravillas y señales eran hechas por Cristo por medio de los apóstoles' (Hechos 2.43). Y vemos a Cristo edificando su iglesia, añadiendo a ellas los conversos:

> Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos. Hechos 2.47

Las epístolas amplían el testimonio del Nuevo Testamento sobre Cristo desplegando la gloria de su persona divino-humana y su obra salvadora, y relacionando con él la vida de los cristianos y de la iglesia. Los apóstoles exaltan a Cristo como aquel en quien 'agradó al Padre que en él habitase toda plenitud … de la deidad' y mediante el cual nosotros estamos 'completos en él' (Colosenses 1.19; 2.9–10). En Cristo —dicen— 'Dios … nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales' (Efesios 1.3), de modo que podemos hacer todas las cosas por la fortaleza interior que él nos da (Filipenses 4.13). El Cristo que presentan los apóstoles es un Cristo suficiente para todo, capaz de salvar hasta lo sumo y 'perpetuamente a los que por él se acercan a Dios' (Hebreos 7.25).

La revelación de Cristo en la Biblia alcanza su clímax en el Apocalipsis de Juan, donde se lo describe con la vívida imaginería que caracteriza a este libro. Primero aparece como un hombre glorificado 'en medio de los candeleros', los cuales representan a las iglesias a las que el Cristo resucitado aparece vigilando, de modo que a cada una puede decirle: 'Yo conozco tus obras' (Apocalipsis 2–3). Luego la escena se traslada de la tierra al cielo, y Jesucristo aparece bajo la forma de 'un Cordero como inmolado'. La incontable multitud internacional de los redimidos la constituyen aquellos que 'han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero', lo que significa que deben su justicia sólo a Cristo crucificado (Apocalipsis 5.6; 7.14). Luego, hacia el final del libro, se ve a Cristo como un jinete

majestuoso, montado en un caballo blanco, que sale a juzgar, llevando su nombre escrito sobre él: 'Rey de reyes y Señor de señores' (Apocalipsis 19.11–17). Finalmente, se lo presenta como el Esposo celestial: 'han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado'. Su esposa es la iglesia glorificada a la cual se ve entonces 'descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido' (ver Apocalipsis 19.7–9; 21.2). Casi las últimas palabras del Apocalipsis son: "el Espíritu y la Esposa dicen: 'Ven.' Y el que oye, dice: 'Ven… ¡Ven, Señor Jesús!'" (Apocalipsis 22.17, 20)

Entre los libros de la Biblia hay una diversidad de contenido, estilo y propósito, y en algunos de ellos el testimonio sobre Cristo es indirecto, hasta podría decirse sesgado. Pero este breve repaso del Antiguo y el Nuevo Testamento debiera bastar para demostrar que 'el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía' (Apocalipsis 19.10). Si queremos conocer a Cristo y su salvación, es a la Biblia a donde debemos acudir, porque la Biblia es el retrato de Cristo pintado por el propio Dios. De otra manera nunca podremos conocerlo. Como dijo Jerónimo en el siglo IV d.C., 'La ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo'.[1]

Igual que en el juego de la búsqueda del tesoro, a veces uno tiene la suerte de tropezar inmediatamente con el tesoro, pero casi siempre hay que seguir laboriosamente de clave en clave hasta que al final se lo encuentra; así sucede con la lectura de la Biblia: algunos versículos señalan directamente a Cristo, otros son indicios remotos. Pero siguiendo cuidadosamente las claves, finalmente todos los lectores descubrirán ese tesoro que no tiene precio.

Por medio de la fe

'Por la fe que es en Cristo Jesús', escribió el apóstol Pablo, las Escrituras son aptas para instruirnos para la salvación (2 Timoteo 3.15). Puesto que el propósito de las mismas (o de su divino Autor por medio de ellas) es traernos salvación, y puesto que la salvación está en Cristo, ellas, como hemos visto, nos señalan a Cristo. Pero su propósito al señalarnos a Cristo no es simplemente que sepamos acerca de él y lo entendamos, ni aun que lo admiremos, sino que pongamos en él nuestra confianza. La Escritura da testimonio de Cristo no para satisfacer nuestra curiosidad, sino para despertar en nosotros la fe.

En cuanto a la fe, hay mucha confusión. Generalmente se supone

que es un salto en las tinieblas, totalmente incompatible con la razón. Sin embargo no es así. La verdadera fe nunca es irracional, porque su objetivo es siempre la confiabilidad. Cuando los seres humanos confiamos los unos en los otros, lo razonable de nuestra confianza depende de la relativa confiabilidad de cada persona. Pero la Biblia atestigua que Jesucristo es absolutamente digno de confianza. Nos dice quién es y qué ha hecho, y la evidencia que proporciona sobre su persona y su obra únicas es extremadamente convincente. Al exponernos al testimonio bíblico de este Cristo y al sentir su impacto —profundo pero simple, variado pero unánime—, Dios crea en nosotros la fe. Recibimos el testimonio, creemos.

Esto es lo que Pablo tenía en mente cuando escribió:

> Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.
> Romanos 10.17

Hemos visto que el propósito de Dios en y a través de la Biblia es rigurosamente práctico. Él la ha ordenado como su principal instrumento para llevar a los hombres a la 'salvación', entendida en su sentido más extenso y absoluto. Toda la Biblia es un evangelio de salvación, y el evangelio es 'poder de Dios para salvación a todo aquel que cree' (Romanos 1.16). Así, pues, apunta con sus numerosos dedos inequívocamente a Cristo, de modo que sus lectores lo vean, crean en él y sean salvos.

El apóstol Juan escribe algo muy similar al final de su Evangelio. Ha registrado, dice, solamente una selección de las señales de Jesús, quien hizo muchas otras. Y continúa:

> Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre. Juan 20.31

Juan ve el propósito último de las Escrituras (lo que se ha escrito) de la misma manera que lo ve Pablo. Juan lo llama 'vida', Pablo 'salvación', pero los términos son prácticamente sinónimos. Ambos apóstoles concuerdan, además, en que esta vida o salvación se encuentra en Cristo, y que para recibirla debemos creer en él. La secuencia de Escrituras → Cristo → fe → salvación, es exactamente la misma. Las Escrituras dan testimonio de Cristo para que creamos en él y tengamos vida.

La conclusión es simple. Cada vez que leemos la Biblia, debemos buscar a Cristo. Y debemos seguir buscando hasta ver y, en consecuencia, creer. Sólo si continuamos apropiándonos por medio de la fe de las riquezas de Cristo que se nos revelan en las Escrituras creceremos hacia la madurez espiritual, y seremos hombres y mujeres de Dios 'enteramente preparados para toda buena obra'.

Guía de estudio

1 ¿Cuál es el propósito supremo de la Biblia?

2 Explicar de qué manera la ley da testimonio de Cristo.

3 ¿Qué efecto tuvo la transición de la teocracia a la monarquía en el concepto del futuro reino en el pueblo de Israel?

4 ¿Cómo aluden las Escrituras a Jesucristo?

5 ¿Por qué inicialmente se llamó a los Evangelios 'memorias de los apóstoles'?

6 ¿En qué sentido la revelación bíblica de Cristo alcanza su clímax en el Apocalipsis de Juan?

7 ¿Cómo se concilia la concepción contemporánea de la fe con lo que en las Escrituras se llama fe?

8 Jerónimo escribió en el siglo IV: 'La ignorancia de la Escritura es ignorancia de Cristo'. ¿En qué sentido sus palabras son aplicables a la vida de la iglesia hoy?

9 Martín Lutero escribió en el siglo XVI: 'Así como vamos a la cuna sólo para ver al bebé, así vamos a las Escrituras sólo para ver a Cristo'. ¿En qué fundamenta Stott esta proposición en el capítulo 1?

Notas

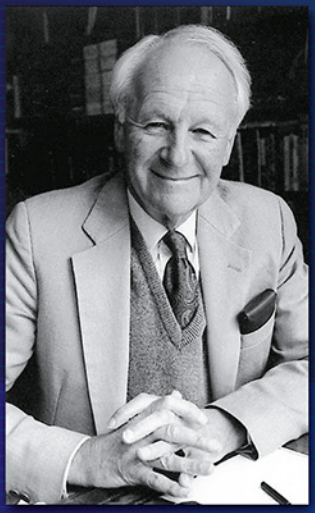
1 En el prólogo a su comentario sobre Isaías, citado en la *Constitución dogmática sobre la revelación divina del Vaticano II*, párrafo 25.

Los secretos de la madurez cristiana están en la Biblia al alcance de quien quiera descubrirlos.

Cómo comprender la Biblia es una de las obras más destacadas de John Stott, en la que demuestra que la Biblia es un libro vivo, para todos los tiempos y todas las personas.

El autor escribe con sabiduría y conocimiento acerca del propósito, el mensaje, la historia y la autoridad de la Palabra de Dios. Enseña sobre cómo usar e interpretar la Biblia, lo que hace de éste un libro indispensable en toda biblioteca.

Incluye Mapas y Guías de estudio.



John Stott es pastor y autor de más de 40 libros, y uno de los líderes evangélicos más respetados en el mundo hoy en día. Se han vendido más de 2.000.000 de ejemplares de sus libros en más de60 idiomas.

ISBN 950-683-120-3

9 789506 831202

CERTEZA UNIDA